
«*Cómo cambiar el mundo: Marx y el marxismo 1840-2011*». Eric Hobsbawm

Crítica, Barcelona, 2011, 490 páginas

José M. Domínguez Martínez

1. La obra de E. Hobsbawm: Marx y el marxismo en perspectiva histórica

Cuando, en plena vorágine de la amalgama de distintas crisis en la que estamos inmersos, uno encuentra un libro con un título tan sugerente, publicado en 2011 con la firma de un historiador tan reputado como Eric Hobsbawm, supuestamente escrito desde la privilegiada y lúcida atalaya de sus más de nueve décadas de vivencias, es normal que se disparen las expectativas. Un análisis del complejo panorama actual de la mano de un científico social de la talla del profesor de la Universidad de Londres, que se ha mantenido fiel a los postulados marxistas, conocedor como pocos de la historia del siglo veinte, se presenta como una oportunidad excepcional para intentar localizar algunas referencias estables, cuando menos en el plano interpretativo, para hacer frente a los incesantes cambios que nos ha tocado vivir.

Pues bien, quien se haya adentrado en la obra reseñada con esa expectativa está casi inevitablemente abocado a sufrir, al menos inicialmente, una considerable decepción. Pese a lo que uno pudiese esperar, no se trata de una obra «nueva», escrita ex profeso ante la presente coyuntura histórica, sino, como el propio autor expresa en el prólogo, de una recopilación de obras escritas entre 1956 y 2009, que se agrupan en dos partes, la primera dedicada a Marx y Engels, y la segunda al marxismo. Cada una de ellas está integrada por ocho capítulos, bastante desiguales en cuanto a extensión y enfoque, aunque con el denominador común de la erudición, la meticulosidad y la profundidad con las que el historiador británico aborda las diferentes cuestiones, todas ellas sustentadas en un amplísimo abanico de fuentes bibliográficas.

Decepción probable en cuanto a lo que pudiese esperar un lector ávido por hallar las claves para salir de la situación actual, pero eso no significa,

en modo alguno, decepción respecto a los contenidos que efectivamente encuentra en la obra. El libro ofrece una jugosa síntesis de algunas de las principales líneas de investigación de Hobsbawm y una magnífica oportunidad para apreciar, desde una perspectiva actual y enriquecida con el conocimiento de la historia, las contribuciones de Marx y Engels, así como la evolución del marxismo y de su influencia en el pensamiento y en la política.

Pese a la caída de los regímenes comunistas, Hobsbawm reivindica a Marx como un pensador para el siglo XXI, después de haberse liberado el filósofo alemán «de la identificación pública con el leninismo en teoría y con los regímenes leninistas en la práctica» y de la constatación de que «el mundo capitalista globalizado que surgió en la década de 1990 era en aspectos cruciales asombrosamente parecido al mundo anticipado por Marx en el Manifiesto comunista». Para el historiador marxista, «lo que nunca perdió importancia contemporánea es la visión de Marx del capitalismo como una modalidad históricamente temporal de la economía humana y su análisis del modus operandi de éste, siempre en expansión y concentración, generando crisis y autotransformándose».

Hobsbawm reconoce abiertamente que «es perfectamente obvio que mucho de lo que [Marx] escribió está obsoleto, y parte de ello no es, o ya no es, aceptable», pero estima que hay una serie de características esenciales de su análisis que siguen siendo válidas y relevantes: de un lado, el análisis de la dinámica global del desarrollo económico capitalista y su capacidad de destruir todo lo anterior; de otro, el análisis del mecanismo de crecimiento capitalista mediante la generación de «contradicciones» internas.

2. Las contribuciones de Marx y Engels

Tras esta paladina reivindicación del enfoque marxista, se incluye un apartado dedicado a la generación del pensamiento socialista de Marx y

Engels, con un repaso de sus fuentes inspiradoras, en el que queda constancia de la deuda contraída con Saint-Simon, de quien procede la celeberrima expresión «la explotación del hombre por el hombre» y en quien se inspiró Marx para la descripción del principio distributivo de la primera fase del comunismo: «de cada uno según sus capacidades, a cada capacidad según su trabajo». El socialismo francés, la filosofía alemana y la economía política británica son examinados como los pivotes originarios del socialismo marxiano.

Particular atención se presta a las aportaciones de Marx y Engels en el plano de la política, en el que, según el historiador británico, dejaron a sus sucesores el siguiente legado:

— El principio de que las naciones y los movimientos de liberación nacional no tenían que entenderse como fines en sí mismos, sino tan solo en relación con el proceso, los intereses y las estrategias de la revolución mundial.

— La subordinación de la política al desarrollo histórico. La victoria del socialismo se concebía como algo inevitable, debido a la tendencia histórica de la acumulación capitalista.

— La acción política era la esencia del papel del proletariado en la historia.

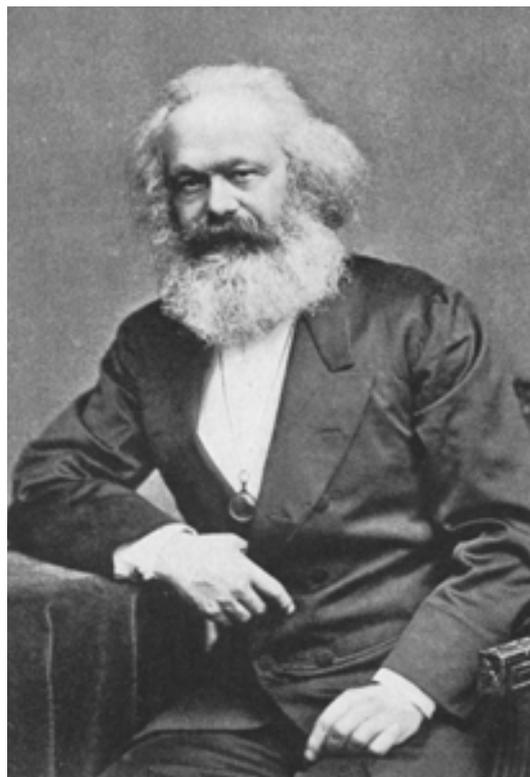
— El Estado era un fenómeno histórico de la sociedad de clases, pero, mientras existiese como tal, representaba el gobierno de clase. No obstante, Hobsbawm asevera que la versión marxiana madura de la teoría del Estado es «mucho más sofisticada que la simple ecuación: Estado = poder coercitivo = gobierno de clase».

— El Estado proletario transicional ha de eliminar la separación entre pueblo y gobierno como un conjunto especial de gobernantes.

— No facilitaron ninguna guía concreta de uso práctico acerca de problemas tales como la naturaleza de la socialización de la economía o las disposiciones para planificarla.

3. El Manifiesto comunista

Algunas obras son objeto de una atención especial, como «La situación de la clase obrera en Inglaterra» de Engels, a la que califica como «obra indispensable y un hito en la lucha por la emancipación de la humanidad», o los Grundrisse de Marx, de los que destaca el estudio de las formaciones precapitalistas. Naturalmente, un trata-



miento del «Manifiesto comunista» no podía faltar y, cómo no, el docto historiador ofrece interesantes apreciaciones. De entrada, señala que, aunque el borrador fue preparado por Marx y Engels, «el texto final fue escrito casi sin ninguna duda por Marx, tras un severo recordatorio por parte de la Ejecutiva [de la Liga de los Comunistas], porque a Marx... le resultaba difícil completar sus textos a no ser bajo presión de una estricta fecha límite».

Dos son, según Hobsbawm, las cosas que dan fuerza al «Manifiesto»: su visión de que el modo de producción capitalista no era permanente ni estable, sino una fase temporal en la historia de la humanidad; el reconocimiento de que las tendencias históricas necesarias del desarrollo del capitalismo habían de ser necesariamente a largo plazo. Tampoco falta una alusión a los fallos de algunas de las predicciones formuladas, en particular a la evidencia de que «la burguesía no ha creado “sobre todo, sus propios sepultureros” en el proletariado».

Asimismo, el historiador británico se plantea una interesante cuestión: dado el enorme potencial económico del capitalismo, expuesto de forma tan patente en el «Manifiesto comunista», ¿por qué era inevitable que el capitalismo no pudiese proporcionar un sustento a gran parte de la clase trabajadora o, como alternativa, que no pudiese permitir un sistema de bienestar?

4. La evolución histórica de la influencia del marxismo

Además de repasar las vicisitudes de las obras de Marx y Engels, las críticas victorianas a estas y de adentrarse en las aportaciones de Gramsci a la teoría marxista de la política, a través de varios capítulos se desgrana la evolución de la influencia del marxismo. Cuatro son los períodos que se diferencian a tal fin. En el primero (1880-1914) se alude a la hostilidad de las corrientes económicas dominantes (neoclasicismo marginalista) respecto al enfoque marxista, así como al distanciamiento mostrado hacia este por J. M. Keynes. En dicha etapa el marxismo se configura como parte de una tendencia general a la integración de la historia en las ciencias sociales y, en particular, a destacar el papel fundamental de los factores sociales y económicos incluso en los acontecimientos políticos e intelectuales.

En la denominada era del antifascismo (1929-1945), la influencia del marxismo escala posiciones entre los intelectuales europeos. Pone de relieve Hobsbawm cómo los intelectuales de la época quedaron impresionados no solo por la situación catastrófica de la economía capitalista, sino también por la aparente inmunidad de la Unión Soviética ante la extensión de la crisis. De otro lado, para el insigne historiador, «es imposible comprender la reticencia de los hombres y mujeres de la izquierda a criticar, o incluso admitir para sus adentros, lo que estaba sucediendo en la URSS en aquellos años... sin esta sensación de que en la lucha contra el fascismo, el comunismo y el liberalismo estaban, en un sentido profundo, luchando por la misma causa». Muchos de los intelectuales que se comprometieron en esa lucha, a la luz de los acontecimientos posteriores, «se han sentido a menudo decepcionados», en palabras de Hobsbawm, pero este no duda en afirmar categóricamente que «se puede decir sin temor a equivocarse que muy pocos, si es que hay alguno, se arrepienten de su participación en la lucha contra el fascismo y su derrota».

La diversidad de las interpretaciones del legado intelectual de Marx distinguirá la evolución del marxismo en la etapa que va de 1945 a 1983. Ya desde 1956, una gran mayoría de marxistas se vieron obligados a admitir que los regímenes socialistas existentes estaban lejos del prototipo de sociedad socialista. Por otro lado, la oleada de la radicalización de los intelectuales hacia finales de los años sesenta marcó profundamente el debate sobre las teorías marxistas. Hobsbawm se encarga

de recordar que tales movimientos no tenían un origen vinculado, en un principio, al descontento económico y a la crisis, en la que medida en que surgieron «en el auge de los “milagros económicos”, de la expansión capitalista y de la prosperidad, y en una época en que la educación y las perspectivas de estudio y de carrera profesional de los estudiantes eran excelentes en la mayoría de países. Por lo tanto, el principal objetivo de su crítica no era la economía, sino el ámbito social o cultural».

Con el paso de los años, «los marxistas se veían obligados cada vez más a mirar fuera del marxismo» y los gobiernos de los países socialistas, a tomar conciencia de los defectos de su planificación y gestión, de manera que «se hizo imposible rechazar la economía académica burguesa». Crítico con lo que etiqueta como «marxismo fundamentalista», Hobsbawm realiza otra afirmación de gran calado: la teoría de Marx «consistía en un análisis del capitalismo y de sus tendencias, y a la vez en una esperanza histórica, expresada con una pasión enormemente profética y en términos de una filosofía derivada de Hegel, del eterno anhelo humano de una sociedad perfecta, que se alcanzaría a través del proletariado».

El siguiente período, que va de 1983 a 2000, es catalogado por el autor de la obra reseñada como el del «marxismo en recesión», y en él acontece el desmoronamiento de la gran mayoría de países socialistas. Desmoronamiento que no duda en calificar como «traumático no solamente para los comunistas sino para los socialistas de todas partes, aunque sólo fuera porque, con todos sus evidentes defectos, había sido el único intento real de construir una sociedad socialista». Al propio tiempo apunta un factor explicativo de la, hasta cierto punto, sorprendente fragilidad mostrada por los regímenes comunistas: en tales países «el comunismo... había sido diseñado como doctrina para una selecta minoría de líderes y activistas, no como una fe para una conversión universal como el catolicismo romano y el islam. Esta característica sola tendía a despolitizar a aquellos que se encontraban fuera de la esfera en la que se precisaba una ideología».

Sin embargo, en opinión de Hobsbawm, «Marx había de experimentar una especie de retorno inesperado en un mundo en el que el capitalismo ha sido advertido de que su propio futuro está en entredicho no por la amenaza de una revolución social, sino por la misma naturaleza de sus operaciones globales, ante las que Karl Marx se ha revelado

un guía más perspicaz que aquellos que creen en las elecciones racionales y los mecanismos autocorrectivos del libre mercado».

5. El marxismo ante los problemas sociales del siglo XXI

Concluye la obra con un ensayo sobre el movimiento organizado de la clase obrera, donde nuevamente la pluma del historiador nacido en Egipto destila conclusiones aleccionadoras. Así, nos recuerda cómo, aún en la década de 1960, había políticos occidentales que compartían la creencia khrushcheviana acerca de la superioridad de la capacidad productiva de las economías socialistas frente a las capitalistas. El papel del comunismo como inductor de medidas de seguridad social sistémica en los países occidentales es asimismo recordado. Finalmente, la referencia a la crisis en la que todavía estamos atrapados no podía estar ausente. Para Hobsbawm, «la gran crisis económica que empezó en 2008 como una especie de equivalente de derechas de la caída del muro de Berlín aportó la inmediata percepción de que el Estado era esencial para una economía en apuros».

Aun cuando pueda no estar en el horizonte ningún sistema alternativo, el historiador británico apunta la posibilidad de una desintegración e incluso de un desmoronamiento del sistema vigente. El mercado, para Hobsbawm, no tiene respuestas para los principales problemas a los que se enfrenta el siglo XXI. Una vez más, ha de descartarse el fin de la historia y «ha llegado la hora de tomarse en serio a Marx», proclama como frase final. Mucho antes nos deja quizás su principal mensaje: «no podemos prever las soluciones de los problemas a los que se enfrenta el mundo en el siglo XXI, pero para que haya alguna posibilidad de éxito deben plantearse las preguntas de Marx, aunque no se quieran aceptar las diferentes respuestas de sus discípulos».

Definitivamente, no siempre es lo más útil encontrar las respuestas a los problemas que nos preocupan, sino poder desarrollar la capacidad para formular nuestros propios interrogantes. En este sentido, la aportación de Eric Hobsbawm es verdaderamente impagable y constituye un auténtico arsenal de enseñanzas, para marxistas y no marxistas.